

Pari(s): la apuesta del Cortázar traductor

Sylvie Protin

Julio Cortázar descubre París en 1949, durante un viaje a Europa, y se instala definitivamente en la ciudad tres años más tarde, en 1951. Sería erróneo pensar, sin embargo, que París sólo empieza a existir para Cortázar a partir de ese momento. La capital en la que entonces se instala, ésa que ha de servir de escenario a sus textos, es una urbe que él se ha ido construyendo a través de los años y cuyo territorio se extiende más allá de los estrechos límites de la ciudad real.

En efecto, Cortázar pertenece a una generación de lectores argentinos que, desde la más temprana infancia, se nutre de literatura francesa: *Nuestra Señora de París*, *Los miserables*, *Los tres mosqueteros*, *Los misterios de París* y mil libros más forman parte del imaginario común y educan el gusto de los más jóvenes. El niño Cortázar pudo componerse así, por estratos sucesivos, una geografía imaginaria de París en la cual el nombre de una calle fatídica en alguna novela se llenaba para siempre de resonancias de misterio, de amor o de angustia.

Al crecer, obviamente, las lecturas cambian; pero la literatura y sobre todo la poesía francesa siguen desempeñando un papel determinante en la estructuración de su identidad: Mallarmé, Baudelaire, Lautréamont, Valéry o Cocteau aparecen como figuras tutelares. Cortázar ya los lee directamente en francés. A decir verdad, se vuelve bilingüe de este modo y se sueña doble mediante esta literatura¹:

El bilingüismo, desde este punto de vista, me ha sido sumamente útil, ya que se produjo una especie de ósmosis, el francés se vertió en mi español enriqueciéndolo con todos los matices que son propios de la lengua francesa y que no se encuentran en el argentino, en el español de Argentina, y, por otro lado, todo lo que tengo de argentino se reflejaba en mi visión de Francia. Era quizá una visión un tanto mítica, quizá no muy real, la visión de alguien que, desde lejos, mira a un país como a una suerte de descomunal espejismo. Estoy hablando de la épo-

¹ En aquella época, firma sus textos con el pseudónimo Julio Denis, siendo «Denis» un nombre de pila muy común en francés.

ca en la que no conocía Francia, no la conocía sino a través de sus manifestaciones culturales o incluso deportivas...²

En 1945, la erudición de que hace gala en materia de literatura francesa es impresionante: las notas de los cursos que dicta en la Universidad de Mendoza sobre poesía francesa están repletos de anécdotas literarias y a veces hacen pensar en una especie de «Guía literaria de Francia». En esta época, por falta de recursos, Cortázar nunca puso un pie en París, pero se conocía al dedillo hasta el último pormenor de su «descomunal espejismo».

La fantasía de la doble identidad toma entonces un giro decisivo: a través de la traducción, Cortázar decide hacer suya aquella Francia literaria simbolizada por un París inaccesible. En el espacio de cuatro años, entre 1946 y 1950, traduce y publica *Nacimiento de la Odisea* de Jean Giono, *La poesía pura* del abate Brémond, *El inmoralista* de Gide, *La sombra de Meyerbeer* de Villiers de l'Isle Adam y *Filosofía de la risa y del llanto* del filósofo Alfred Stern³. A esto hay que añadir traducciones de poemas de Cocteau y de Valéry que se quedaron inéditas. En una entrevista con Ernesto González Bermejo, Cortázar explicará más tarde que la traducción fue un ejercicio esencial para poder pasar del verso a la prosa y para dominar el ritmo de la escritura⁴. Gracias a la traducción se deshace asimismo del esnobismo de aquellos que trataban de conseguir a cualquier precio el «cachet de ultramar», y de un movimiento centrífugo (el sueño estéril de un París inaccesible) pasa a un movimiento centrípeto (hacer suyo el mito), lo que desemboca en una solución identitaria viable⁵: Cortázar se convierte así en un puente, en un *paquebot* entre dos mundos.

² *Sacado* de Julio Cortázar, película de Claude Namer et Alan Caroff (Colombes: Batifilm Prod., 1982) donde Cortázar se expresa en francés.

³ Giono, Jean: *Nacimiento de la Odisea*, Buenos Aires, Argos, 1946; Brémond, Henri: *La poesía pura*, Buenos Aires, Argos, 1947; GIDE, André: *El Inmoralista*, Buenos Aires, Argos, 1947; Villiers De L'Isle-Adam, Auguste de: *La sombra de Meyerbeer*, Buenos Aires, Gulab y Aldabador, 1949; Stern, Alfred: *Filosofía de la risa y del llanto*, Buenos Aires, Imán, 1950. En este artículo, citamos solamente los libros traducidos del francés por Julio Cortázar, lo que excluye las traducciones del inglés y las colaboraciones. Para más información, véase Protin, S.: *Traduire la lecture. Aux sources de Rayuela: Julio Cortázar, traducteur, tesis de doctorado defendida en la universidad Lyon 2 (Francia) el 8 de diciembre de 2003.*

⁴ González Bermejo, E.: *Conversaciones con Cortázar*, Barcelona, EDHASA, 1978, pp. 18-19. Véase también «*Tombeau de Mallarmé*», in *La Vuelta al día en ochenta mundos: Cortázar explica, a propósito de un poema de Mallarmé que no logra traducir, cómo pasa de la traducción al pastiche y por fin a la escritura autónoma.*

⁵ Véase: «*Para uno que otro buscando una identidad y de ahí una reconciliación, cuántos se contentaban con sustituir raíces por injertos, el habla nacional por pastiches anglo/franco/españoles.*» Salvo el crepúsculo, Madrid, Alfaguara, 1994, p. 337.

Sin embargo, en 1949, después de un primer viaje a Europa, el regreso a Buenos Aires es difícil:

Desembarqué en un Buenos Aires del que volvería a salir dos años después, incapaz de soportar los desengaños consecutivos que iban desde los sentimientos hasta un estilo de vida que las calles del nuevo Buenos Aires peronista me negaban⁶.

Es la época de *Razones de la cólera*, texto que Cortázar llamará su «testamento argentino»; es también la época en que escribe su muy romántica *Imagen de John Keats*, que hace las veces de poética en el espejo. Pareciera que en aquel momento se le hubiera planteado el dilema de elegir entre dos maneras de ser, la una racional y la otra analógica o poética, y París, por supuesto, simbolizaba a ésta última.

En 1951, se instala por fin en París, pero en condiciones precarias:

Yo me iba a Europa a la aventura, sin dinero y naturalmente, necesitaba conseguir todos los recursos posibles (...) Siempre me gustó traducir. Por eso busqué traducciones para hacer en Europa y mandar a Buenos Aires. Como la editorial Sudamericana ya había publicado mi librito *Bestiario*, justamente en el momento en que me fui de Argentina, me dieron a elegir entre unos cuantos libros⁷.

Una vez más, la traducción va a jugar un rol capital al depararle un modo de ganarse la vida que le deja la entera libertad de escoger el lugar donde va a residir. En el período de 1952 a 1955, traduce y publica *La víbora* de Marcel Aymé, *La vida de los otros* de Ladislav Dormandi, *Así sea o la suerte está echada* de Gide y *Memorias de Adriano* de Yourcenar⁸. Lo interesante es que ahora traduce libros que corresponden a la actualidad literaria del momento, como si hubiese dejado atrás la historia literaria, para entrar de lleno en el presente de la literatura francesa.

Pero ¿cuál es el París que descubre en ese entonces? En 1981, cuando publica el álbum *París, ritmos de una ciudad*, Cortázar evoca sus primeros años en la ciudad y de su relato se desprende que, para él, París era una ciudad doble: la ciudad imaginaria construida durante tantos años asomaba y se superponía a la realidad de las calles y las gentes.

⁶ Ibid., p. 329.

⁷ «La vuelta a Julio Cortázar en (cerca de) 80 preguntas», in Julio Cortázar: confieso que he vivido y otras entrevistas, compilación de L. Crespo, L.C. Editor, 1995, pp. 64-65. (Primera publicación: Plural n° 44, mayo de 1975, México).

⁸ Aymé, Marcel: *La víbora*, Buenos Aires, Sudamericana, 1952; Dormandi, Ladislav: *La vida de los otros*, Buenos Aires, Sudamericana, 1952; Gide, André: *Así sea o la suerte está echada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1953; Yourcenar, Marguerite: *Memorias de Adriano*, Buenos Aires, Sudamericana, 1955.